

# N Jesús de Nazaret

## PARA TODOS

Por Mario J. Paredes

Estamos al final del año 2020. Es decir, a esa distancia en años y siglos del nacimiento de Jesús de Nazaret. Las vacaciones, los encuentros familiares, los regalos, los estrenos, los viajes, las luces, los adornos, las compras, las cenas familiares, las fiestas decembrinas, aunque manipuladas por la sociedad materialista, mercantilista y de consumo, tienen una razón de ser y una motivación profunda: son manifestaciones externas de la alegría que invade al mundo cristiano en la conmemoración anual del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Y, desde aquel día del nacimiento de Jesús en una pesebrera de Belén, no ha pasado un solo día en que no pase algo o mucho que no tenga que ver con ese acontecimiento y personaje: una noticia, un nombre cristiano, una fiesta, una opinión, una opción de vida, una esquila mortuoria, mensajes, ritos, canciones, etc.

La grandeza de Jesús de Nazaret y el impacto de su vida y obra es, para toda la humanidad en general y para los cristianos en particular, innegable e inocultable. Para los cristianos, **JESÚS NOS REVELA A DIOS**. Él es el culmen de la Revelación de Dios (Hb 1,1ss) y, con los primeros cristianos, confesamos que “quien los ha visto a Él ha visto al Padre”. (Jn 14,9).

Y, para toda la humanidad, **JESÚS NOS REVELA AL HOMBRE**, porque nos revela lo más humano del hombre y – para los cristianos – lo más humano de Dios y lo más divino del hombre. Es decir: en Jesús conocemos un estilo de hombre y de vida al que todos – si deseamos un mundo mejor, unas mejores y más humanas relaciones y una vida más feliz – aspiramos y anhelamos imitar. Porque hay unas tendencias buenas y al bien, profundas e intrínsecas al ser humano que, en la persona de Jesús de Nazaret, en sus hechos y sus palabras, se hicieron carne, se hicieron persona, se hicieron proyecto de vida y modelo para todo hombre, para toda la humanidad.

Porque Jesús, a grandes rasgos, es un hombre que anuncia y nos cuenta la Buena Noticia según la cual Dios, es Creador y Padre bueno, que nos ama como a hijos y que todos – hijos del mismo Padre – estamos llamados a construir relaciones y un mundo donde quepamos todos, amándonos como hermanos, para ser mejores personas, para ser felices, para tener vida plena y abundante.

Jesús de Nazaret – con una autoridad admirada por todos en su tiempo y pueblo – dice y hace, ilumina con palabras sus hechos y respalda con hechos sus palabras y es modelo de hombre libre: valora y defiende al ser humano por encima de todo, de todas las leyes civiles y religiosas (“El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado” Mc 2,27) porque entiende que a Dios se le ama en el hermano, especialmente en el más necesitado (“Deja tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano” Mt 5,20-26) porque “Lo que hicisteis o dejasteis de hacer con uno de mis hermanos más pequeños conmigo lo hicisteis o lo dejasteis

de hacer” (Mt 25,31ss). De esta manera, Jesús vive y diseña un nuevo tipo de hombre libre de la ambición, de la codicia, del miedo, de la adulación a los poderosos, del odio, del rencor, de la violencia, del qué dirán.

Por ello mismo, Jesús de Nazaret es un hombre para los demás (“Por atender a los que acudían a Él no le queda tiempo ni para comer” (Mc 6,31), (“Venga a mi todos los cansados y agobiados que yo los aliviaré...” Mt 11,28), (“Estoy entre ustedes como el que sirve” (Lc 22,27); y el Nuevo Testamento resume toda su vida diciendo que “Pasó haciendo el bien” Hc 10,38).

La vida y obra de Jesús se explica por la fuente de donde manan sus convicciones: el amor y fidelidad a Dios como Padre y el cumplimiento de la voluntad del Padre como su programa de vida que consiste en amar y servir a todos como hermanos y con la medida con la que Dios nos ama.

Pero Jesús no sólo anuncia, también denuncia todo lo que va en contra del ser humano, todo lo que no dignifica y no humaniza al semejante, al prójimo, especialmente denuncia todo atropello contra los más desvalidos, despreciados, marginados y “descartados” entre sus coterráneos...

Y por este estilo de vida, por sus hechos y sus palabras, por sus convicciones lo matan. Con su sangre y martirio en una cruz firma, ratifica y testimonia la verdad que hay en su proyecto de vida y se convierte, desde aquella tarde, en luz (Jn 8,12), camino, verdad y vida (Jn 14,6) para millones que se llaman cristianos, dispuestos a dar la vida por las causas de Jesús y por la construcción de un mundo en el que todos convivamos y nos relacionemos fraternalmente, como Jesús vivió y nos enseñó.

Por todo lo dicho, la Navidad es una época del año muy especial para los cristianos pero, también, muy importante para todos, para toda la humanidad. Un tiempo para que, cristianos y no creyentes, confrontándonos con la vida de Jesús de Nazaret, nos preguntemos si estamos construyendo nuestras vidas sobre roca o sobre arena (Mt 7,21-29), si estamos construyendo relaciones familiares, interpersonales y sociales fraternas o, al contrario, relaciones de competencia y atropello. Si – en definitiva – el mundo que, con nuestros hechos y palabras, con nuestras actitudes y opciones – estamos construyendo es un mundo vivible y amable o un espacio irrespirable, injusto, corrupto, desigual y con múltiples formas de violencia y de muerte...

La vida y obra de Jesús de Nazaret sigue actual y vigente porque urgente es la necesidad de que – viviendo su misma vida – seamos mejores seres humanos y construyamos mejores vidas, mejores familias, mejores comunidades, mejores sociedades, mejores naciones y un mundo mejor que éste, en el que nos correspondió vivir, veinte siglos después de Jesús de Nazaret.



*¡Feliz  
Navidad,  
pero que Navidad sea siempre!*